

Coloquio Convergencia París Junio de 2017
F. Nathan-Murat para Dimensiones del Sicoanálisis

Tema : « El Encuentro »

Si, tal como a Descartes le parece necesario, he de conocer el contenido implícito del texto, por la simple lectura de su título, aquí me tienen ustedes muy incómodo.

Pues por mucho que lea el morfema « Encuentro » duplicando su carácter visual, por su enunciación sonora en el oído interno, no hallo en él sino una abstracción, una generalidad, que su designación o su imagen gráfica no aclararía.

En el mejor de los casos, podríamos esquematizarlo por un punto, el « Punto de encuentro », que siempre vale como intersección de dos rectas, pasando, desde entonces, de uno a dos, abriendo, por su diferencia tercera, al conjunto de los números enteros 0, 1, 2, 3, lo que no hace más que llevarnos al encuentro de las extensiones y duraciones naturales, aquéllas cósmicas donde nada vivo reina.

Pero ¿cuál es entonces la esencia de la existencia de este morfema « Encuentro », excepto su legibilidad en la página y cuál es, pues, el sentido de su noción?

Al quedarme en su introducción sistemática, podría plantear como definición proyecto que el concepto «ENCUENTRO» da cuenta de la identidad de la diferencia entre la esencia del ente «encuentro» y el sentido de la noción «encuentro».

A partir de allí, al no poder nombrar mejor mi introducción sistemática lo implícito de este concepto « ENCUENTRO », nada habría de añadir.

Y ya no les quedaría a los que han entendido, sino a explicitar a los que no habrían concebido la sal del encuentro.

Con vistas a una transmisión pedagógica es sólo por lo que voy a proseguir, no obstante, para ustedes, mediante una introducción psicológica estructural, que no tardará en desvelar la lógica de la historia de su temporalidad.

Así, para empezar, intentemos ir explicitando aún más, diciendo que el concepto «ENCUENTRO» da cuenta:

- de la identidad de la diferencia entre la esencia significativa del ente particular o concreto «el encuentro» y el sentido significado de una noción general o abstracta un «encuentro»;

- o aún, entre la esencia significada de un ente general y abstracto un «encuentro» y el sentido significativo de una noción particular y concreta el «encuentro».

Por cierto, son muchas diferencias en la identidad e identidades en la diferencia, pero sólo procuro hacer coincidir lo que voy diciendo con lo de que se está hablando.

Pero, sí es preciso confesarlo, la lectura del morfema «Encuentro», puesto aquí en esta

página, duplicándolo por su enunciación por una voz interior, no deja de evocarme confusamente sin embargo el primer encuentro con la voz de otro, que dejó los primeros *neederschrifts*, las primeras huellas nemónicas, olvidadas, pero que aún hoy rigen la pre conciencia de este discurso.

Al oírla, en su distinción singular entre los ruidos del mundo ambiental donde me encontraba inmerso, esta voz de otro parecía introducir una extrañeza, familiarmente natural, una familiaridad, extrañamente sobre natural, envolvente y perturbadora para la percepción cenestésica, ella misma con dificultades de diferenciación, de mi encarnación, apenas recién llegada al mundo.

Está claro, apenas si había tenido tiempo de inspirar, cuando me encontraba a la vez precipitado para tener que leer metafóricamente en ello mi contingente inspiración.

¿Cuál era pues la esencia significativa del ente que regía este encuentro?

¿Cuál era pues el sentido significado de la noción que debía de revelar?

¿Cuál era pues este concepto, que de diferencias, requería formar identidad ?

Mientras acuoso, me había movido en un cosmos acuoso, la continuidad física me había ahorrado relativamente el trabajo de tener que diferenciar una interioridad cualquiera, en oposición a una exterioridad cualquiera .

Pero, desde que mi nacimiento (NT) me había precipitado en un mundo aéreo, la piel se me había secado, dejando traslucir la estatura de mi esqueleto, bajo mi carne gomosa hasta entonces , revelando el sentimiento de envolvimiento de un vacío, que ahora regía una actividad de sujeto.

Y he aquí, repentinamente, que me estaba confrontando con el encuentro de ovni, objetos verbales no identificados, que me invitaban allí donde « ello» había de llegar a ser « yo-tú», en concepto de mi presunta pre ciencia, de lo que al inconsciente se refería, de la cacofonía de las hablas de las cohortes humanas que me precedían.

Bueno, de acuerdo, se había verificado el encuentro.

Primero, pues, entre dos existencias, la de mi cuerpo que exigía persistir, y la del cosmos dentro del que estaba sumido.

Un pretexto, un prefacio, entre cosas naturales, una duración extensión cósmica, en la cual adquiría conciencia, naturaleza animal viva, existente, física, material, que iba revelando una espacio temporalidad mundana, diferente de la nada de aquella eternidad cósmica, impalpable e indecible .

No obstante, tal vez, ya un « Yo no la nada», ¿vete a saber?

En resumen, con tal de suponer esta posible diferenciación, por necesidad analítica, pues estaba claro que la voz ya había difundido su veneno, envenándome el oído con una orden terminante de tener que hablar, apresándome para siempre en los avatares de las complejidades sintéticas.

Bien es verdad, podía perfectamente dar por cerrado el caso y hacer como si nada

hubiera oído de este «Bien venido nene» que había venido a zanjar en el barullo (tohu ve bohu) del vacío y vago del mundo mío de las nubes aristofanescas.

Y si éstas ya me habían obligado a captar la diferencia en lo idéntico que resistía, espacialidad de este ente corpóreo, respecto a la nada de donde había salido, el concepto del encuentro de un «yo-ello» perforaba mi intelección de su insistencia ideatoria, separada de su existencia discursiva, revelando la identidad en la diferencia, de la noción temporal simbólica de mi existencia.

Bueno, entonces, siempre podía intentar reconocer que sí había oído una proposición discursiva que se dirigía a mí, denegándola al mismo tiempo, como Freud hubiese dicho, bajo el pretexto de que no exigía respuesta, ni siquiera reconocimiento, y que se trataba, de todas maneras, seguramente de otro, con todo yo no dejaba de estar definitivamente inmerso en una exterioridad interiorizante, que forjaba la existencia del universo discursivo, que orientaba las posiciones de mis actividades subjetales.

Y por mucho que intentaba reprimir esta naturaleza metafísica nueva, que me precipitaba a la nada de las abstracciones metafóricas, no podía escapar de la cuestión de saber :¿quién se había encontrado con qué ?¿quién se había encontrado con quién ?

Como mínimo pues, podía aplicarme a este tener que advenir, y decir : *el concepto «Encuentro» da cuenta de la identidad de la diferencia entre la esencia significativa de un ente particular o concreto «qué» y el sentido significado de su noción general o abstracta «quién», o aún, de la diferencia de la identidad entre la esencia significativa del ente general y abstracto «quién» y el sentido significado de su noción particular y concreta «qué» .*

Una manera hegeliana de decir : ¿ «quién» nombra a «quién» para «qué», o «qué»para «quién», o «quién»para «quién» ? Porque, sea lo que sea, intuía de manera definitiva mi enajenación a estos efectos de lenguaje, de significancia letrada, que buscaba en vano predicar los enlaces de las simas imprédicativa, adonde me llevaba lo inconsciente de este encuentro.

Es preciso decir que ahora estaba por decir, bajo la influencia de Lacan : *el concepto «Sujeto» es la diferencia en la identidad, de la esencia significativa del ente «significado» con el sentido significado de la noción « para otro significante».*

En la aparición del «yo-tú» que desvelaba lo que había preferido ignorar, mi no soledad y la complejidad del universo de los parientes donde imperaba el malentendido, me veía obligado a torizarme, para autorizarme a hablar, a riesgo de decirles sandeces .

Finalmente, la torsión devolvía las réplicas como un guante, que obligaba a no fetichizar demasiado el objeto de los fantasmas, para no verse demasiado destrozado por las heridas de los amores propios de nuestros narcisismos. Porque la armonía de los goces activos y o pasivos conjuntos exigía cierto tacto.

« Si respecto al infinito, el hombre es la nada, respecto a la nada, no es nada »

me había señalado Pascal . De puro entusiasmado por el encuentro con aquel ilustre antecesor, me había atrevido a formular : *el concepto particular y concreto «Nada» es la identidad, en la diferencia, del ente significativo general y abstracto «Vacío» con la noción significativa general y abstracta «La Nada».*

Entonces, era una simple tentativa, para concluir la interrogación metafísica que se me

había caído encima, buscando en ella la certeza terminante de un saber absoluto.

Sea lo que sea, había sido expulsado del vivir intrínseco donde estaba a mis anchas, en la única tarea de tener que persistir en mi cuerpo, obligado a migrar, como cualquiera, en el vivir extrínseco donde me forzaba la intuición (de tercer grado) de la naturaleza humana hablante de mi condición animal.

Bueno, había oído la voz, que me invitaba : a interesarme por el Ser del que se habla, el que existía, a diferenciarse de la nada, y ahora me encontraba confrontado con el Ser como tal, este morfema «Encuentro», título de nuestro encuentro.

El nivel significativo me había llevado al nivel significado, sin indicar el vínculo siquiera, para darme una señal, pero dejando en él la huella de una nada indecible, que daba paso a la identidad metonímica del mismo.

Sin embargo había leído en él la huella de un vínculo con un lugar Otro, un campo significativo, cuyo resto indecible, se transformaba en objeto «a», reflejo invertido de las ficciones fantasmeadas, idealizadas, que me hacía de otro, Otro, que me iba revelando mi dimensión metafórica .

No era pues sino el sujeto de una santa trinidad, una triplicidad en «uno», un triskel, al que la identificación, forjada con los nombres de los padres, hacía alucinar las dimensiones reales, simbólicas e imaginarias, del concepto, del tiempo y de los discursos.

De golpe, separado de la placenta que me había servido de botella de oxígeno durante mi estancia en los abismos submarinos, me enajenaba, de modo precipitado a la fuente simpática que me unía a los demás, fiadores ineludibles de mi salvaguardia.

Lo menos que se puede decir, es que el encuentro era especialmente propicio, pues en la vulnerabilidad de mi premadurez, sin este reconocimiento de otro no hubiera podido sobrevivir, antes de haber existido siquiera.

Evidentemente, se trataba, a partir de entonces, de ir a leer lo que se inscribía, sin saberlo yo, aún formando cuerpo con el vivir empírico, con el fin de hacer allí elección de escritura e inducir de ello unos efectos deseados . Pero había conseguido intuir, o en fin, ir intuyendo, no sólo el pensamiento que me hacía de las ideas, sino sobre todo la idea de los pensamientos que me hacía de entenderme a mí mismo, pensando, allí delante, abierto así, de repente, a la idea misma de poder en el futuro pensarme idéntico en la diferencia con otros .

¿De qué iba este «tú-yo», este «yo-tú», que, por turno, se suponía que nos representaba?

Era, sin duda, hoy, el objeto de nuestro encuentro. ¿Cómo nombrábamos las abstracciones, las generalidades, que regían los distintos registros, las distintas identificaciones , en juego, en la realización de los nombres de nuestros padres, con los únicos objetivos de concebir mejor la posición, el papel que nuestras prácticas nos asignan .

Si hubiésemos querido tener un idéntico encuentro, la diferencia en la identidad no hubiera tenido más que una extensión espacial, en este caso, al otro lado del Atlántico.

Igual que si queremos tener diferentes encuentros de este tipo, la identidad en la

diferencia nos obliga a repartirlos en el tiempo, en este caso cada dos años. Así logramos proyectar, espacio y tiempo propiamente humano, en la extensión de las duraciones, en la duración de las extensiones donde no reina nada vivo.

Si como lo decía Spinoza Dios es Natura, podríamos concluir que : *el concepto «Dios» es la esencia del ente «creación», cosmos físico, identificado en la diferencia, en el sentido de la noción de su «nombre», que crea la existencia discursiva de nuestros mundos, a merced de los universos de discursos que tratan de él .*

Es la nominación, procedente de las necesidades de nuestra premadurez, la que hace de nosotros, esta criatura singular, que no deja de jurar en nombre de Dios.

NT : el autor escribe «n'ai sens» (no tengo sentido) homonimia con «naissance» .